

LUGAR DE LA MISIÓN Y PERSPECTIVAS MISIONARIAS EN EL DOCUMENTO DE APARECIDA¹

Paulo Suess

Introducción

En el origen del Vaticano II (1962-1965) están dudas sobre la misión de la Iglesia en el mundo. ¿Cómo situarse en ese mundo, que rompió con muchos presupuestos de la cristiandad, entre aislamiento e *aggiornamento*? ¿Cómo anunciar el mensaje cristiano heredado a un mundo en transformación, y de vivirlo en coherencia evangélica con relevancia para la humanidad? ¿Cómo traducir los artículos de fé y las prácticas de solidaridad con los interlocutores del mundo moderno? ¿Cómo celebrar las señales de justicia y las imágenes de esperanza *versus populum*?

Del Vaticano II emergió una Iglesia, que no coloca en el centro de su actividad misionera territorios que deberían ser administrados o conquistados, y sí, la naturaleza misionera de la Iglesia Pueblo de Dios al servicio del Reino. Aparecida, la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, “da continuidad y, a la vez, recapitula el camino de fidelidad, renovación y evangelización de la Iglesia latinoamericana al servicio de sus pueblos, que se expresó oportunamente en las anteriores Conferencias Generales del Episcopado Latinoamericano (Rio, 1955; Medellín, 1968; Puebla 1979; Santo Domingo, 1992)” [9]. Aparecida escribió un nuevo capítulo en la contextualización del Vaticano II. Si Medellín representaba en la base del Concilio, el inicio de la descolonización de muchas prácticas sociales amalgamadas con prácticas misioneras en América Latina, Aparecida, puede ser interpretada como consolidación, continuación y “quinta esencia” de ese movimiento de descolonización. La reflexión profunda sobre la opción por los pobres y por los otros, su reconocimiento y protagonismo, la articulación entre liberación e inculturación, entre realidad espiritual y material, entre evangelización explícita e implícita representa un proceso sin fin. Aparecida asumió ese proceso y permite la continuidad de esa caminata, sin ofrecer respuestas para todas las preguntas teológicas abiertas.

En este momento histórico, de una globalización económica y cultural que pasa como un tractor ideológico sobre las diferencias y necesidades locales, mas importante que respuestas últimas, es la acogida de un caminar de las Iglesias

¹ Conferencia proferida en el II Simposio Internacional de Misiología, día 01 de Agosto de 2007 en Quito. El Simposio es organizado por el Consejo Episcopal Latinoamericana (CELAM) y la Comisión Central del CAM 3 en preparación del CAM 3 /COMLA 8.

locales de América Latina y del Caribe, y su “compromiso con la realidad” [491) y su apertura para aquello que el Espíritu nos quiere decir, discerniendo entre la confusión babilónica del pluralismo pos-moderno y la diversidad pentecostal, constitutiva para la identidad de las personas y los grupos sociales. La acogida del caminar y de la misión evangelizadora de la Iglesia se traduce en aproximación samaritana y presencia profética en las comunidades y en sus luchas por la justicia y el reconocimiento y en la construcción de un mundo para todos.

Sedimentada en la pastoral misionera pos-conciliar la metodología de ver- juzgar-actuar, la opción por los pobres y por los otros en torno de los ejes de liberación e inculturación, la lectura orante y pastoral de la Biblia, el dinamismo teológico-pastoral de la Iglesia local y de las Comunidades Eclesiales de Base, “que han ayudado a formar cristianos comprometidos con su fé, discípulos y misioneros del Señor, como testimonia la entrega generosa, hasta derramar su sangre, de tantos miembros suyos” [178), los delegados de la V Conferencia no precisam inventar nuevos paradigmas. El grito y la canción del pueblo estan en el aire. La interpretación de la realidad esta al alcance de todos. Los mártires de ayer y hoy confirman la existencia de conflictos profundos y la coherencia evangélica de la caminata latinoamericana y caribeña [140). De Aparecida viene el mensaje: El camino está abierto, sigan adelante, coraje!

Por el tema de la V Conferencia “Discípulos y misioneros de Jesús Cristo, para que en él nuestros pueblos tengan vida” ya estaba previsto que “discipulado y misión serían las palabras claves del Documento de Aparecida (DA)². Mas de 100 veces el término “misión” es invocado en las diferentes dimensiones, entre afirmaciones esenciales que valen para todo el trabajo misionero y ramificaciones de esa labor misionera en propuestas, dimensiones o tareas específicas.

Propongo en este texto una lectura propositiva del Documento de Aparecidaa. Para no perdernos en la selva de palabras del documento, procuro abrir siete claros en esta selva, a partir del contenido y de las perspectivas para nuestras comunidades:

1. Los cristianos descubren su vocación misionera en la inserción de la realidad del mundo donde experimentan la posibilidad de intervenir y su obligación de transformar.
2. El origen de la misión de los discípulos misioneros se encuentra en las relaciones intra-trinitarias del amor.
3. Ese amor trasborda en la misión de Dios que envía su Hijo, Jesucristo, el Enviado del Padre, que promete el Espíritu Santo, protagonista de la misión y que es Padre de los pobres.

² Cf. SUESS, P. “Lugar da Missão em Aparecida”. In: *Vida Pastoral*, 48/254 (maio-junho de 2007), p.1-8.

4. Al escoger a los 12 apóstoles y después cada vez más discípulos y discípulas, Jesús apunta para la constitución del Nuevo Pueblo de la Alianza que convoca, y sobre todo después de la Pascua, envía hasta los confines del mundo. La comunidad de los convocados y enviados, que es la Iglesia, nace en la Fiesta de Pentecostés, fiesta de la pluralidad y de la unidad en el Espíritu Santo.
5. La Iglesia, instrumento de salvación, está a servicio del Reino, Reino de una vida integral, de justicia y de paz que provee los parámetros para las transformaciones diarias del mundo.
6. Los discípulos misioneros son los sujetos de esa transformación que acontece, segundo el DA, en círculos concéntricos de la pastoral misionera: en la parroquia misionera, en la misión continental y en la misión *ad gentes*.
7. En un mundo que gira en torno de la explotación, del lucro y de la acumulación incluidos en el principio costo-beneficio, el eje de la misión es la gratuidad.

1. Ver la realidad Vocación misionera para el mundo

La grande tarea pastoral desde los orígenes de la cristiandad siempre fue transformar los cristianos culturales y tradicionales en discípulos misioneros. Esa tarea fue retomada en Aparecida porque el proceso de urbanización y la escasa estructura ministerial produjeron una reducción de los católicos en números absolutos [100a] exactamente en un momento, en que se redescubrió la naturaleza misionera de la Iglesia [347]. ¿Cómo abrir los ojos de los bautizados delante de la realidad del continente, “marcada por grandes cambios” [33] y despertar su responsabilidad? La realidad interpela a los misioneros y exige coherencia con las promesas y los imperativos del Evangelio y relevancia delante de aquellos que cayeron en las manos de los ladrones (cf. Lc 10,25-37). Ya en un documento de la segunda mitad del siglo II, en la carta dirigida a Diogneto, esa relación entre cristianos y la realidad del mundo fue bien enfocada:

“Los cristianos no se distinguen de los demás, ni por la religión, ni por la lengua, ni por las costumbres. No habitan en las ciudades aparte, no emplean idioma diferente de los otros, no llevan género de vida extraordinario (...) En cuanto ciudadanos de todo participan, sin embargo, soportan como extranjeros. Toda tierra extraña es patria para ellos y toda patria, es tierra extraña (...) Los cristianos residen en el mundo, mas no son del mundo (...) Son ellos que sostienen el cosmos”.³

Sobre todo en el segundo capítulo de la primera parte, el DA presenta una “mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad” sociocultural, económica,

³ Carta a Diogneto, n. 4-7.

sociopolítica, étnica y sobre todo la biodiversidad, ecológica y Amazónica [33-97], y la situación de nuestra Iglesia delante de los desafíos de esta realidad [98-100]. La misión de los discípulos misioneros en esa realidad es siempre implícita o explícitamente una misión evangelizadora, integral, contextualizada y universal.⁴ Esa misión nos conduce “al corazón del mundo” donde abrazamos “la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales, y políticos de América Latina”. Por lo tanto, no es “una fuga de la realidad hacia un mundo exclusivamente espiritual” [148]. Una misión exclusivamente religiosa perdería su relevancia delante de las necesidades concretas del pueblo y sería teológicamente desequilibrada. La sabiduría samaritana es profética, está presente en los términos de la definición cristológica de Calcedonia (451 a.C.): Dios está presente en Jesucristo inseparablemente (“*indivise*”) con la humanidad sufridora, sin confundirse (“*inconfuse*”) con ella. Si diluimos a Jesús de Nazaret en la miseria humana o si lo separamos de ella, sería igualmente no la valorización de la humanidad, mas su traición. La espiritualidad y la solidaridad de los cristianos están siempre en la aproximación no identificadora, hasta las últimas consecuencias.

La misión auténtica “unifica la preocupación por la dimensión trascendente del ser humano y por todas sus necesidades concretas”[176]. El Evangelio ilumina todas las formas personales – en el campo material, espiritual, emocional e intelectual -, todos los ambientes [cf. 203], contextos históricos, socioculturales [cf. 367] y todas las esferas sociales – política, economía, sociocultural y religiosa – de la vida. Sólo esa misión abarcante cumple la tarea de “hacer nuevas todas las cosas” [131]. Ella está “al servicio de todos los hombres” y se manifiesta como vida nueva “en todas las dimensiones de la existencia personal y social” [13; cf. 7.1.3 y 7.1.4]. “Esa misión evangelizadora abraza con el amor de Dios a todos y especialmente a los pobres y a los que sufren. Por eso, no puede separarse de la solidaridad con los necesitados y de su promoción humana integral” [550]. En otro lugar nos dice el DA: “Conscientes de que la misión evangelizadora no puede ir separada de la solidaridad con los pobres y su promoción integral, y sabiendo que hay comunidades eclesiales que carecen de los medios necesarios, es un imperativo ayudarlas, a imitación de las primeras comunidades cristianas, para que de verdad se sientan amadas. Urge, pues, la creación de un fondo de solidaridad entre las Iglesias de América Latina y del Caribe que esté al servicio de las iniciativas pastorales propias” [545].

El DA desautoriza cualquier tentativa espiritualista de la evangelización. Ella es integral porque Cristo “acompaña al Pueblo de Dios en la misión de inculturar el Evangelio en la historia” [491]. De esta articulación entre fe en Cristo y su

⁴ Cf. 214, 287, 341, 450, 486i, 532, 545, 550.

encarnación en la historia, el Papa, en su Discurso Inagural (DI) de la Conferencia, ya había indicado algunas conclusiones importantes, inclusive a respecto de la opción por los pobres:

“Ante la prioridad de la fe en Cristo y de la vida “en él”, formulada en el título de esta V Conferencia, podría surgir también otra cuestión: Esta prioridad, ¿no podría ser acaso una fuga hacia el intimismo, hacia el individualismo religioso, un abandono de la realidad urgente de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo, y una fuga de la realidad hacia un mundo espiritual?

Como primer paso podemos responder a esa pregunta con otra: ¿Qué es esta “realidad”? ¿Qué es lo real? ¿Son “realidad” sólo los bienes materiales, los problemas sociales, económicos y políticos? Aquí está precisamente el gran error de las tendencias dominantes en el último siglo, error destructivo, como demuestran los resultados tanto de los sistemas marxistas como incluso de los capitalistas. Falsifican el concepto de realidad con la amputación de la realidad fundante y por esto decisiva, que es Dios (...)

Pero surge inmediatamente otra pregunta: ¿Quién conoce a Dios? ¿Cómo podemos conocerlo? (...) Para el cristiano el núcleo de la respuesta es simple: Sólo Dios conoce a Dios, sólo su Hijo que es Dios de Dios, Dios Verdadero, lo conoce. Y él, “que está en el seno del Padre, lo ha contado” (Jn 1,18). De aquí la importancia única e insustituible de Cristo para nosotros, para la humanidad. (...)

Dios es la realidad fundante, (...) el Dios de rostro humano; es el Dios-con nosotros, el Dios del amor hasta la cruz. Cuando el discípulo llega a la comprensión de este amor de Cristo “hasta el extremo”, no puede dejar de responder a este amor si no es con un amor semejante: “Te seguiré a donde quiera que vayas” (Lc 9,57).

Todavía nos podemos hacer otra pregunta: ¿Qué nos da la fe en este Dios? La primera respuesta es: nos da una familia (...) en la Iglesia católica. La fe nos libera del aislamiento del yo, porque nos lleva a la comunión: el encuentro con Dios es, en sí mismo y como tal, encuentro con los hermanos, un acto de convocación, de unificación, de responsabilidad hacia el otro y hacia los demás.

En este sentido, la opción preferencial por los pobres está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Cor 8,9)” (DI 3).

Repetidas veces el DA cita esta parte del DI [148, 392, 405, 505]. La articulación cristológica de la opción por los pobres hace de esta opción y de sus desdoblamientos concretos, imperativos y desafíos pastorales que, posteriormente, deben ser abordados en su dimensión específica, integral, contextual e universal.

2. Itinerario trinitario Origen de la misión en el amor de Dios

La reflexión sobre la naturaleza y la finalidad de la misión comienza con la pregunta: ¿Quién es el Dios que anunciamos? Jesús nos reveló a Dios como Dios Padre y Amor. Nos reveló el misterio de la comunión trinitaria de Dios como origen de su misión y de la nuestra [109]. Esa comunión trinitaria [109, 153, 157, 523ss] es sinónimo del amor. Jesús es la manifestación y el testigo de este amor intra-

trinitario [348]. Hablar de Dios significa, por lo tanto, hablar del amor y de la misión.

Si Dios es amor (1Jn 4,8-16), él no puede ser soledad. Él es relación, comunicación, diálogo, envío y encuentro. El amor no se contenta consigo mismo. Delante de la Alianza rota por el pecado, Dios se envía en su propio Hijo y en el Espíritu Santo en misión para coser una Nueva Alianza, anunciando un Nuevo Mandamiento como Buena Nueva a toda la humanidad. “Se trata de una nueva creación, donde el amor del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, renueva la vida de las criaturas” [241].

La misión del pueblo de Dios emerge de la comunidad de Dios, Uno y Trino, cuyo amor transborda y apunta para una convocación y el envío de comunidades misioneras que dan testimonio de ese Dios-Amor. “La experiencia de un Dios Uno y Trino, que es unidad y comunión inseparable, nos permite superar el egoísmo para encontrarnos plenamente en el servicio al otro” [240].

“En el Dios Trinidad la diversidad de personas” es la unidad en el Espíritu Santo. “No genera violencia y conflicto, sino que es la misma fuente del amor y de la vida” [543]. En el envío del Hijo (Logos) y do Espíritu Santo (Pneuma) las relaciones intratrinitarias se tornan “misión de Dios” (*missio Dei*). Esa misión de Dios busca revertir la desintegración de la humanidad causada por el pecado y reintregarla en una perspectiva histórica y escatológica de la vida plena, que es el Reino.⁵ Aparecida hace, através de un texto clave de *Ad Gentes* que cita, la conexión con el Vaticano II: “La Iglesia peregrinante es misionera por naturaleza, porque toma su origen de la misión del Hijo y del Espíritu Santo, según el designio del Padre” (AG 2). Por eso el impulso misionero es fruto necesario de la vida que la Trinidad comunica a los discípulos [347]. Los discípulos-misioneros participan de la misión trinitaria; conducidos por el Espíritu Santo son seguidores de Jesucristo y testigos de su resurrección. Su misión es evangelizadora, y como tal, se trata de una misión al servicio de la Buena Nueva del Reino [cf. 152], una misión comunitaria, integral y comprometida con la realidad de los mas necesitados. La misión emerge de la comunidad trinitaria y apunta para la convocación y el envío de comunidades misioneras.

3. Jesús Cristo y el Espíritu Santo Desdoblamiento de la misión de Dios

⁵ Cf. SUESS, P., *Introdução à teologia da missão*. Convocar e enviar: Servos e testemunhas do Reino. Petrópolis, Vozes, 2007, p. 50ss. Muitos itens desse artigo encontram um aprofundamento nessa *Introdução*.

Los misioneros de Dios apuntan para el amor divino que transborda en la encarnación de Jesucristo, el Enviado del Padre; ese amor fue derramado, desde el origen de la creación, sobre la humanidad por el Espíritu Santo, protagonista de la misión y Padre de los pobres [106]. En el *principio* eran el Verbo y el Espíritu. Ambos son inseparables. Uno es el camino y el otro es el guía [151s], junto a Dios Padre, criador del mundo.

La misma unidad trinitaria, que estaba en el origen de la creación, esta en el origen de la re-creación del mundo, en la encarnación. María concibió su hijo Jesús, Palabra de Dios, por la fuerza del Espíritu Santo. Ese mismo Espíritu está en el inicio de la misión de Jesús de Nazaret. En él, el hijo del carpintero de Nazaret fue confirmado "Hijo bien amado", por ocasión de su bautismo en el río Jordán (Lc 3,22). Por el fue conducido "al desierto para prepararse para su misión (cf. Mc 1,12ss) y , con la oración y el ayuno, discernió la voluntad del Padre y venció las tentaciones" [149] del prestigio, del poder, del pan no compartido, y del privilegio. En el fue ungido como Mesías y hizo el discenimiento decisivo de su vida sobre la finalidad y los colaboradores de su misión: "El me ungió para evangelizar a los pobres" (Lc 4,18). En el mismo Espíritu, en la fiesta de Pentecostés, fiesta de la convocación y del envío, fiesta del don de la Ley (Torá) para los judíos y para los cristianos, fiesta del don del nuevo mandamiento, la Iglesia comienza "a hablar en otras lenguas" (Hch. 2,4), e inicia su misión , revestida "de la fuerza de lo alto" (Lc 24,49). El Espíritu "forja misioneros", "señala los lugares que deben ser evangelizados y elige a quienes deben hacerlo" [150].

El Espíritu Santo es Dios en el gesto de don, que está en el inicio de todas las caminadas que generan vida. "Este mismo Espíritu acompañó a Jesús durante toda su vida (cf. Hch 10,38). Una vez resucitado, comunicó su Espíritu vivificador a los suyos" (cf. Hch 2,33); [cf. 149]). El es el el protagonista de la misión (cf. RM 21b; [267]). Penteconstés continua en la misión de los discípulos misioneros, testigos de la resurrección de Jesús y siervos y siervas del Reino de Dios.

El Espíritu Santo es el "Espíritu de la Verdad" (Jn14,17) que sabe articular lo plural y las diferencias en una unidad mayor, sin hegemonias aisladas, y sabe despojarse de los y en las señales de mediación. La diferencia étnica y lo plural no afectan la verdad. La verdad acontece en la generación de la vida: en la práctica del nuevo mandamiento (Jn 13,34) y en la justicia mayor en favor de los pobres. En la raíz de la pobreza está la acción del "padre de la mentira", que perturba el orden social. El Espíritu Santo es el Paráclito, el "consolador", el "abogado de los pobres". En pobres señales él es experimentado: en el agua del bautismo y en el fuego de la sarza ardiente, en el aceite de la unción mesiánica y en la luz de una consciencia nueva, en el imaginario de la paloma palpable y en la nube distante. La opción por

los pobres de los discípulos misioneros está enraizada en la cristología y en la pneumatología.

Cumplir la misión y seguir a Jesús, significa adoptar "sus actitudes (cf. Mt 9,35ss). Él, siendo el Señor, se hizo servidor y obediente hasta la muerte de cruz (cf. Filp. 2, 8); siendo rico, eligió ser pobre por nosotros" (cf. 2 Cor 8,9; [30, 242]). En el seguimiento de Jesús "aprendemos y practicamos las bienaventuranzas del Reino, el estilo de vida del mismo Jesucristo: su amor y obediencia filial al Padre, su compasión entrañable ante el dolor humano, su cercanía a los pobres y a los pequeños, su fidelidad a la misión encomendada, su amor servicial hasta el don de su vida" [139]. Discípulos de Jesús, los cristianos, son desde el bautismo [153] misioneros y aprendices de "la sublime lección de ser pobres siguiendo a Jesús pobre (cf. Lc 6,20; [9, 58]), y la de anunciar el Evangelio de la paz sin bolsa ni alforja, sin poner nuestra confianza en el dinero ni en el poder de este mundo" (cf. Lc 10,4 ss; [30]).

4. La Iglesia, el Nuevo Pueblo de Dios Convocación y envío en la Pascua de Pentecostés

La creación de los seres humanos a semejanza de Dios y la encarnación del amor redentor de Jesús hasta la cruz, fundamentan nuestro compromiso con la realidad del mundo y con el sufrimiento del otro [491]. Y este compromiso no es solitario [154]. Es comunitario: " En el pueblo de Dios 'la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí (...). La comunión es misionera y la misión es para la comunión' " (ChL 32, DA 163). El discipulado, el envío y la misión " siempre suponen la pertenencia a una comunidad" [164, cf. 169]. Con esta y en esta comunidad acreditamos, celebramos y asumimos los compromisos pastorales y sociales.

La teología, ecclesiológica y misiología del Vaticano II están bien respaldados en el DA. En el interior de la ecclesiológica, la teología del Pueblo de Dios de la *Lumen Gentium* (cap. 2) atraviesa todo el DA. " El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta del misterio de la Iglesia: 'un pueblo reunido por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo', llamada en Cristo 'como un sacramento, o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano'" (LG 1; [155]). Junto con todos los fieles y en virtud del bautismo, todos los cristianos son discípulos misioneros del y para el Pueblo de Dios [186, 320]. "Todos los bautizados y bautizadas de América Latina y del Caribe 'atrás del sacerdocio común del Pueblo de Dios' (DI 5), estamos llamados a vivir y transmitir la comunión con la Trinidad" [157].

En el Pueblo de Dios “la comunión y la misión están profundamente unidas. (...) La comunión es misionera y la misión es para la comunión” (ChL 32). Hablar de la Iglesia, significa hablar de la misión del Pueblo de Dios. La estructura de esta Iglesia-misión es trinitaria porque ella es “ Pueblo de Dios”, “Cuerpo del Señor” y “ Templo del Espíritu Santo (LG 17). Además, acrecienta Aparecida, la Iglesia es también casa de los pobres de Dios “convoca y congrega todos en su misterio de comunión, sin discriminaciones ni exclusiones por motivos de sexo, raza, condición social y pertenencia nacional” [524, cf. 8]. Su condición es la libertad y la dignidad que le confirió su criador; su ley es el mandamiento nuevo de Jesús; su meta es el Reino de Dios (cf. LG 9).

En el Espíritu Santo, la Iglesia Pueblo de Dios es enviada para articular universalmente los pueblos en una grande “red” (cf. Jn 21,11) de solidaridad. Del envío nacen comunidades pascales que testifican la resurrección y contextualizan la utopía del primer día de la creación. De las comunidades nasce el envío. La misión, con sus dos movimientos, la *diástole* del envío para la periferia del mundo y la *sístole* que convoca a partir de esa periferia, para la liberación del centro, es el corazón de la Iglesia. Bajo la consigna del Reino de Dios propone un mundo sin periferia y sin centro.

Convocación y envío necesitan permanentemente de la purificación, y animación del Espíritu. Por causa de su proximidad a los pobres, la “Iglesia goza, no obstante de las debilidades y miserias humanas, de un alto índice de confianza y de credibilidad por parte del pueblo” [8]. Pobres señales marcan esta Iglesia “casa de los pobres”: el vacío del sepulcro, la apertura del camino, el compartir el pan, la ruptura con el pecado, la cruz redentora y la hostia sagrada. Esa pobreza es una señal de la presencia de Dios. La expulsión de Jerusalén marca el inicio de su misión. Quien nasce y re-nasce al pie de la cruz y en la fuga y en la peregrinación desconfía de los vencedores. Por ser esencialmente misionera, esta Iglesia no tiene patria, ni cultura, ni es dueña de verdades.

Mas ella tiene rumbo. Ella es sierva, peregrina, huésped, instrumento, señal. Su misión se realiza con urgencia histórica y escatológica. En muchos lugares el DA apunta para esta urgencia. Todo en el campo pastoral [368, 389, 437j, 456, 518, 548] y social [148, 384, 550] parece urgente: urgente es un proyecto misionario en las diócesis [169] y el Kerigma en las comunidades [289]; urgente es el diálogo entre la fe, la razón y las ciencias, sobre todo en la bioética [466]. Urgente es la formación específica del laicado “para que puedan tener una incidencia significativa en los diferentes campos” [283]; urgente es la “promoción vocacional ” [315]; urgente es la realidad “de los grandes problemas económicos, sociales y políticos de América Latina y del mundo” [148].

“Urge criar estructuras que consoliden un orden social, económico y político en el que no haya inequidad y donde haya posibilidades para todos” [384]. Es urgente proseguir en el desendeudamiento externo” [406c]. “Conscientes de que la misión evangelizadora no puede ir separada de la solidaridad con los pueblos y su promoción integral, y sabiendo que hay comunidades eclesiales que carecen de los medios necesarios, es imperativo ayudarlas, a imitación de las primeras comunidades cristianas, para que de verdad se sientan amadas. Urge, pues, la creación de un fondo de solidaridad entre las Iglesias de América Latina y el Caribe que esté al servicio de las iniciativas pastorales propias” [545]. Y finalmente “urge educar para la paz” [541].

El anuncio del Reino es una cuestión urgente, de vida y muerte. “La caridad de Cristo nos impulsa” (2 Cor 5,14) a destruir las estructuras de muerte, interrumpir la lógica de los sistemas y cuestionar la lentitud de las burocracias. La vida es siempre para hoy. La esperanza es para ahora. ¿ Mas quién debería hacer todo esto? El DA se pronuncia poco sobre esta cuestión. El descubrimiento de la naturaleza misionera de la Iglesia Pueblo de Dios aumentó las responsabilidades de los agentes de pastoral, mas no su número.

5. A servicio del Reino La misión para transformar el mundo

La centralidad de Dios, su proximidad con los pobres y su verdad sobre el destino de la humanidad y del mundo, exigen de la Iglesia docilidad al Espíritu y fuerza profética a servicio del Reino. La meta de la Iglesia es el Reino de Dios (cf. LG 9). El anti-proyecto del reino del pan no compartido, del poder que no se configura como servicio, del privilegio que favorece la acumulación, y del prestigio que organiza eventos de ostentación en vez de articular procesos de transformación, acompaña toda la historia de la humanidad. Sin duda, por causa de esto el Reino de Dios se transformó en un eje central en el Kerigma del DA.⁶ Inúmeras veces el texto convida a los discípulos misioneros para que sean lo que son, desde su bautismo⁷ : misioneros de Jesucristo que viven su vocación cristiana no apenas através de multiples tareas, mas “en estado de misión” [213] a servicio del Reino de Dios. Convertirse al Reino es tarea cotidiana de esa Iglesia Pueblo de Dios. Todos, sobre todo “los religiosos están llamados a dar testimonio de la absoluta primacía de Dios y de su Reino” [219].

⁶ Cf. 25, 29, 32, 33, 95, 121, 139, 143, 144, 152, 154, 184, 190, 196, 212, 219, 223, 224, 250, 276, 278e, 280, 282, 315, 353, 358, 361, 366, 367, 374, 382, 383, 384, 417, 438, 441, 516, 518i,j, 520, 548, 552.

⁷ Cf. 10,127, 153, 157, 160, 184, 186, 211, 213, 228, 349, 350, 357, 377, 382.

Ser discípulo misionero significa anunciar, como Jesús hizo el Evangelio del Reino de vida que es "Buena Noticia de los pobres y de los pecadores" [29]. La misión está a servicio del Reino [33, 190, 223] y el Reino está a servicio de los pobres. Por lo tanto, la misión está, en un sentido amplio a servicio de los pobres [516].

¿Cuál es el contenido de este anuncio del Reino? El Reino está en nuestro medio [143], mas no como algo ya pronto. El Reino está y estará siempre en construcción [278, 280, 282, 548], transformando la realidad de nuestras sociedades y de nuestra Iglesia [382, 516] :

"Las condiciones de vida de muchos abandonados, excluidos e ignorados en su miseria, y su dolor, contradicen este proyecto del Padre e interpelan a los creyentes a un mayor compromiso a favor de la cultura y de la vida. El Reino de vida que Cristo vino a traer es incompatible con esas situaciones inhumanas. Si pretendemos cerrar los ojos ante estas realidades no somos defensores de la vida del Reino y nos situamos en el camino de la muerte" [358].

En las causas del Reino se proponen los verbos "anunciar", "construir", "denunciar", "defender", "vivir", "compartir", "presenciar" y "esperar". El DA menciona varias veces los valores del Reino, pide el testimonio de estos "valores alternativos" [224], sin nombrarlos explícitamente [212, 374, 518j]. Ciertamente pueden ser levantados a partir de las "bienaventuranzas del Reino" [139], de las parábolas y de la respuesta de Jesús al joven rico y al doctor de la ley, que preguntaron: "¿Qué debo hacer para heredar la vida eterna?" (Lc 10, 25; Mt 19,16). Los valores del Reino son algo mas subyacente y estructural, en cuanto las señales del Reino son visibles y puntuales:

"Señales evidentes de la presencia del Reino son: la vivencia personal y comunitaria y de las bienaventuranzas, la evangelización de los pobres, el conocimiento y cumplimiento de la voluntad del Padre, el martirio por la fe, el acceso de todos a los bienes de la creación, el perdón mutuo, sincero y fraterno, aceptando y respetando la riqueza de la pluralidad (...)" [383, tb.374].

Valores del Reino son fraternidad, solidaridad, hambre y sed de justicia, no violencia, reconciliación, gratuidad, reconocimiento del otro y capacidad de convivir con el misterio de Dios y el misterio de nuestro prójimo.

En las reflexiones de la Tercera Parte del DA sobre el Reino de vida y justicia re-encuentramos la realidad de la primera parte, ahora ya, con el intuito de transformarla. Delante de la utopía del Reino, el DA apunta para las múltiples transformaciones necesarias casi todo está en transformación y debe ser transformado: la realidad [210], el mundo [290], la sociedad [283, 330, 336] y estructuras eclesiales y pastorales caducas "que ya no favorezcan la transmisión de

la fe" [365]. "En el mundo urbano acontece complejas transformaciones socioeconómicas, culturales, políticas y religiosas que hacen impacto en todas las dimensiones de la vida" [511] y de la pastoral. El tema de la transformación que acontece y de la transformación que el Evangelio produce está desde Medellín⁸ en la pauta de la Iglesia Latinoamericana. Aparecida cita *Evangelii Nuntiandi*: la misión procura "transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores deeterminantes, los puntos de interes (...), los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y el desígnio de la salvación" (EN 19; [331]). El anuncio del Reino es históricamente relevante mas allá de la historia, por tanto escatológico. El proyecto de Dios, que nos fue comunicado por Jesucristo, tiene como horizonte siempre la transformación última que permitirá ver a Dios cara a cara (cf. Mt 2,2; Ap 22,4).

6. Discípulos misioneros

Misión parroquial, continental y *ad gentes*

Después de estas consideraciones, mas orgánicas del DA, correspondientes a la naturaleza misionera del Pueblo de Dios y válidas, como telón de fondo, para la actividad misionera como tal, podemos distinguir todavía en el DA tres ámbitos diferentes: a) la parroquia misionera, no como algo extraordinario, mas como un nuevo padrón pastoral b) la misión continental como fue lanzada en el tiempo pre – Aparecida, y c) la misión *ad gentes*. En los tres ámbitos se sobrepone parcialmente la clásica división entre misión *ad intra*, que quiere decir, misión entre bautizados en la Iglesia católica, y misión *ad extra*, entre no bautizados. Esta presente transversalmente también el diálogo inter-religioso y ecuménico, remitiendo a posturas ya anteriormente asumidas. En el texto sobre el diálogo observase distintas corrientes. La mas abierta afirma:

"El diálogo interreligioso (...) tiene un especial significado en la construcción de la nueva humanidad: abre caminos inéditos de testimonio cristiano, promueve la libertad y dignidad de los pueblos, estimula la colaboración por el bien común, supera la violencia motivada por actitudes religiosas fundamentalistas, educa a la paz y a la convivencia ciudadana: es un campo de bienaventuranzas que son asumidas por la Doctrina Social de la Iglesia" [239].

a) Parroquia misionera

El DA apuesta en la parroquia, enfatiza el nuevo papel misionero de ellas, apunta para las dificultades existentes, propone genéricamente cambios estructurales, sim

⁸ Tema de Medellín: " La Iglesia em la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio".

embargo, no hace propuestas nuevas y concretas para superar dificultades y obstáculos. El peso que las parroquias deben cargar es muy grande.

Las parroquias deben ser "comunidades de comunidades" [cf. 309, 517e] y "centros de irradiación misionera en sus propios territorios [306]. "Todos los miembros de la comunidad parroquial son responsables de la evangelización" [171]. Todos los parroquianos se deben transformar en discípulos misioneros [172] y "todas nuestras parroquias se vuelvan misioneras" [173]. " Despojamiento", " descentralización" y "apagamento" (cf. CatIC, n. 694, 687) permiten transformar una comunidad de manutención "en centros de irradiación misionera" [306] capaz de participar "en los procesos constantes de renovación misionera, y de abandonar las estructuras caducas que ya no favorezcan la transmisión de la fe" [365].

Para que esa misionariedad parroquial se pueda concretizar, el DA no se cansa de proponer mudanzas. "La renovación de las parroquias al inicio del tercer milenio exige reformular sus estructuras" [172]. El pueblo quiere interlocutores de su fe. En cuanto la relación entre "pastores evangélicos" y "padres católicos" es de 6 a 1, el pueblo opta muchas veces, por la presencia del pastor [cf. 90].

Entre los desafíos de carácter estructural, el DA enumera "parroquias demasiado grandes", "parroquias muy pobres", "parroquias en sectores de extrema violencia e inseguridad y la falta y mala distribución de los presbíteros en las Iglesias del Continente" [197]. "Teniendo en cuenta las dimensiones de nuestras parroquias es aconsejable la sectorización en unidades territoriales más pequeñas" [372, 518c]. En lo que se refiere a la pastoral misionera urbana, el DA conoce los problemas, aumenta las tareas y sobrecarga a los párrocos y sus equipos. "La renovación de la parroquia exige actitudes nuevas en los párrocos y entre los sacerdotes" [201], descentralización, desburocratización [203], multiplicación de los brazos y cualificación de los ministros [513, 517, 518]. Las parroquias "brindan un espacio comunitario para formarse en la fe y crecer comunitariamente" [304]. Esa formación misionera debe ser sobre todo integral [279, 299, 329, 337, 441a ,456], permanente [299, 306, 326, 437i, 518d], específica [179, 283], comunitaria [305] e inculturada [325].

b) Misión Continental

En la preparación de la Conferencia de Aparecida, la Misión Continental parecía que se estaba transformando en el asunto mas importante del evento, lo que no sucedió. El día 24 de Mayo de 2007, en la conferencia de prensa, el Cardenal Claudio Hummes, Prefeito de la Congregación para el Clero, cuestionado sobre un eventual carácter proselitista de la Misión Continental, respondió: "Esa misión se dirige a los católicos bautizados. (...) Vamos en busca de los católicos poco

evangelizados, no de una forma proselitista ni anti-ecuménica, pues se trata de aquellos que ya fueron bautizados, consecuentemente, esta Misión exigirá una mudanza en la vida de todos los agentes de pastoral". La Misión Continental debería por lo tanto, asumir lo que llamamos de "nueva evangelización entre los cristianos culturales" (cf. RM 33, SD 24) y "re-evangelización entre los no practicantes" (RM 33, 37).

" Asumimos – resalta el DA – el compromiso de una gran misión en todo el Continente que nos exigirá profundizar y enriquecer todas las razones y motivaciones que permitan convertir a cada creyente en un discípulo misionero. (...) Esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueve nuestra alegría y nuestra esperanza" [362]. En la misión continental todo el continente " quiere ponerse en estado de misión" [213], porque "tenemos un alto porcentaje de católicos sin consciencia de su misión y de ser sal y fermento en el mundo, con una identidad cristiana débil y vulnerable" [286]. Fue el propio Papa Benedicto XVI "quien nos ha invitado a 'una misión evangelizadora que convoque todas las fuerzas vivas de este inmenso rebaño' que es pueblo de Dios en América Latina y el Caribe (...) Es un afán y anuncio misioneros que tienen que pasar de persona a persona, de casa en casa, de comunidad en comunidad" [550]. Y los delegados de Aparecida resumen: " Este despertar misionero, en forma de una misión continental cuyas líneas fundamentales han sido examinadas por nuestra Conferencia y que esperamos sea portadora de su riqueza de enseñanzas, orientaciones y prioridades, será aún más concretamente considerada durante la próxima Asamblea Plenaria del CELAM en La Habana. (...) Buscará poner a la Iglesia en estado permanente de misión. Llevemos nuestras naves mar adentro, con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos deparará grandes sorpresas" [551]. La Asamblea de la Habana, al inicio de Julio, después de un breve intercambio sobre las características de la Misión Continental confió la operacionalización de esta Misión al CELAM y a sus departamentos.

c) Misión *ad gentes*

Antes de Aparecida surgieron algunas dudas si la Misión Continental iría ofuscar la tradicional misión *ad gentes*. Esto no sucedió, porque la misión no puede ser geográficamente limitada. Nuestro compromiso con la misión *ad gentes* continua [7.3], continua la misión de "anunciar el Evangelio del Reino a todas las naciones" (cf. Mt 28,19; Lc 24,46-48; [144]). Misión *ad gentes* significa hoy prácticamente "misión universal" de la Iglesia: Somos testigos y misioneros: en las grandes ciudades y campos, en las montañas y selvas de nuestra América, en todos los

ambientes de la convivencia social, en los más diversos 'areópagos' de la vida pública de las naciones, en las situaciones extremas de la existencia, asumiendo *ad gentes* nuestra solicitud por la misión universal de la Iglesia [548]. El Papa apuntó para las transformaciones de la misión *ad gentes* en los últimos tiempos. "El campo de la misión *ad gentes* se ha ampliado notablemente y no se puede definir sólo basándose en consideraciones geográficas y jurídicas. En efecto, los verdaderos destinatarios de la actividad misionera del pueblo de Dios no son sólo los pueblos no cristianos y las tierras lejanas, sino también los ámbitos socioculturales y, sobre todo, los corazones" ⁹ [375]. En la misión universal *ad gentes* compartimos nuestra fe, desde la pobreza de nuestros medios. Aparecida apunta para "una nueva primavera de la misión *ad gentes*".

En los orígenes del cristianismo había tres destinatarios de la Buena Nueva: los judíos, los cristianos y los paganos. Pagano se transformó en sinónimo de "gente" (no cristiano y no judío). El Vaticano II contempló la actividad y el ser misionero de la Iglesia en el Decreto "*Ad gentes*", el diálogo y las relaciones entre católicos y cristianos no católicos en el Decreto sobre el Ecumenismo (*Unitatis Redintegratio*), y el diálogo y las relaciones con las religiones no cristianas en la Declaración "*Nostra aetate*". La "misión *ad gentes*", en su sentido tradicional, hoy, de hecho es, además de ser universal y dirigida a los que todavía no conocen a Jesucristo, también "misión *inter gentes*", misión entre pueblos y continentes. Los discípulos misioneros que vienen de la India y del África para trabajar pastoralmente entre nosotros, ellos también pueden decir que fueron enviados para una misión *ad gentes*. De hecho se vive hoy en muchas Iglesias locales una reciprocidad misionera *inter gentes*.

7. Dar y recibir Gratuidad eucarística de la misión

El mensaje fundamental de la misión es la esperanza contenida en la resurrección de Jesucristo, como victoria de la vida sobre la muerte y de la justicia sobre la injusticia. Esa esperanza no debe ser imaginada como proceso cuantitativo en una sociedad de clases y de consumo mas como compromiso "en la construcción de un futuro de mayor dignidad y justicia" [536]. En la vida "de nuestros pueblos late un fuerte sentido de esperanza, no obstante las condiciones de vida que parecen ofuscar toda esperanza. Ella se experimenta (...) gracias a los dones y signos de vida nueva que se comparte" [536, cf. 7, 27, 29, 106].

⁹ BENEDICTO XVI, Discurso a los miembros del Consejo Superior de las Obras Misionales Pontificias, 5 de Mayo de 2007.

En el horizonte de esperanza está una sociedad que supera la división de clases sociales, por lo tanto, una sociedad fraterna que supera la acumulación de los bienes, una sociedad del compartir y la solidaridad. Esa esperanza no es nuestra obra, mas nuestro don. Nosotros no construimos la esperanza; nosotros la recibimos como don, como energía que va mas allá de cálculos y mejoras humanas. El don no dispensa el propio esfuerzo. “La vida es regalo gratuito de Dios, don y tarea que debemos cuidar” [464]. Vivimos nuestra esperanza en el compartir lo poco que tenemos, en las causas del Reino que defendemos y en la articulación de los pocos que somos. El don de la esperanza que marca nuestra existencia es al mismo tiempo, histórico y escatológico. La Misión no termina con el bautismo del último “pagano”. Ella es el permanente anuncio de la vida como posibilidad en un mundo de conflictos, de miseria, violencia y muertes que no tienen sentido. ¿Cómo cumplir esta misión de anunciar la vida y la esperanza en este mundo concreto donde la miseria no es un accidente, mas un producto de su organización social y de su civilización? La alternativa para la explotación y la violencia es la gratuidad. “El amor de plena donación como solución al conflicto, debe ser el eje cultural ‘radical’ de una nueva sociedad” [543]. Despojamiento, donación, martirio y opción por los pobres hacen parte de una cadena de la gratuidad de la labor misionera. Aprendemos el camino del Señor que

“siendo rico eligió ser pobre por nosotros (cf. 2 Cor 8, 9), enseñándonos el itinerario de nuestra vocación de discípulos y misioneros. En el Evangelio aprendemos la sublime lección (...) de anunciar el Evangelio de la paz sin bolsa ni alforja, sin poner nuestra confianza en el dinero ni en el poder de este mundo (cf. Lc 10, 4 ss). En la generosidad de los misioneros se manifiesta la generosidad de Dios, en la gratuidad de los apóstoles aparece la gratuidad del Evangelio” [30].

El “total don de sí” es “el distintivo de cada cristiano” y “no puede dejar de ser la característica de su Iglesia” [138, cf. 302, 336]. “La vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y en la comodidad” [360, cf. 361]. El total don de sí “el don de su vida” [139], en el martirio [220, 383]. En este contexto, los delegados de Aparecida asumen un compromiso audaz:

“Nos comprometemos a trabajar para que nuestra Iglesia Latinoamericana y Caribeña, siga siendo, con mayor ahínco, compañera de camino de nuestros hermanos más pobres, incluso hasta el martirio. Hoy queremos ratificar y potenciar la opción del amor preferencial por los pobres hecha en las Conferencias anteriores¹⁰. Que sea preferencial implica que deba atravesar todas nuestras estructuras y prioridades pastorales. La Iglesia Latinoamericana está llamada a ser sacramento de amor, solidaridad y justicia entre nuestros pueblos” [396].

¹⁰ Medellín 14, 4 -11; DP 1134 – 1165; SD 178 – 181.

En la lógica del Reino, “los pequeños”, los que viven del lado sombrío del mundo, son caminos de la verdad y puerta de la vida. Para ellos la comunidad misionera reserva siempre lo mejor: el mejor tiempo, el mejor vestido, el mejor espacio. Las víctimas del anti-reino no son apenas los protagonistas y los destinatarios del proyecto de Dios; son lugar de la epifanía de Dios, por excelencia. La cuestión social está estrechamente vinculada a la ortodoxia. Pecado significa indiferencia delante de la explotación de los pobres. En ellos, la Iglesia reconoce “la imagen de su fundador pobre y sufridor” (*Lúmen Gentium* 8c). En el cristianismo esa pobreza del propio Dios tiene muchos nombres: encarnación, cruz y eucaristía. “La pobreza es la verdadera aparición divina de la verdad”.¹¹ La pobreza vivida en “nuevos rostros de pobres” y “nuevos excluidos”:

“Los migrantes, las víctimas de la violencia, desplazados y refugiados, víctimas del tráfico de personas y secuestros, desaparecidos, enfermos de HIV y de enfermedades endémicas, tóxico-dependientes, adultos mayores, niños y niñas que son víctimas de la prostitución, pornografía y violencia o del trabajo infantil, mujeres maltratadas, víctimas de la exclusión y del tráfico para la exploración sexual, personas con capacidades diferentes, grandes grupos de desempleados/as, los excluidos por el analfabetismo tecnológico, las personas que viven en la calle en las grandes urbes, los indígenas y afrodescendientes, campesinos sin tierra y los mineros” [402, 207].

Todos ellos representan a Jesucristo en su despojamiento radical. Ellos son portadores del Evangelio y sus destinatarios preferenciales. Delante de tantas tareas “esperamos un nuevo Pentecostés que nos libre de la fatiga, la desilusión, la acomodación al ambiente; una venida del Espíritu que renueva nuestra alegría y nuestra esperanza” [362]. El Espíritu Santo es don divino y donador de los dones (*dator múnorum*).¹² El don realmente importante es el amor (1 Cor 13), que genera unidad y gratuidad. El Espíritu Santo es Dios en el gesto del don [cf. 162].¹³ En la gratuidad y en la unidad del Espíritu Santo, que se concretizan en la misión se manifiestan la resistencia contra la lógica de costo-beneficio, que divide la humanidad. “Es gratuitamente que fueron salvados, por medio de la fe. Esto no proviene de nuestros méritos, mas es puro don de Dios” (Ef 2, 8ss). La gratuidad garantiza la continuidad de la historia de la salvación. Ella está presente en las diferentes etapas del inicio de la vida como don y gracia. Por eso, de modo particular, está ligada a los sacramentos de iniciación que son sacramentos del caminar, al bautismo, a la confirmación y a la eucaristía.¹⁴ Al religar y rehacer estos

¹¹ J. RATZINGER, *Der Dialog der Religionen und das jüdisch-christliche Verhältnis*, in: IDEM, *Die Vielfalt der Religionen und der Eine Bund*. 3.ª ed., Bad Tölz: Urfeld, 2003, 93-121, aquí 116.

¹² La misma Secuencia habla de los siete dones (*sacrum septenarium*), siete fuentes de la gracia y dones de la vida, como los sacramentos, recordando la tradición mesiánica de Isaías: Sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad, temor de Dios (Is 11, 2).

¹³ AGOSTINHO, *A Trindade*, liv. XV, 29.

¹⁴ Cf. 26, 106, 128, 142, 153, 158, 176, 180, 251, 262, 292, 354, 363.

inicios, al completar la criación por la recapitulación, el Espíritu Santo muestra la faz de Dios a través de gestos significativos de continuidad y ruptura de despojamiento e innovación, como principio dinámico en la historia de salvación. La gratuidad, que, simbólicamente celebramos en la "acción de gracias", en la eucaristía es la condición de la no violencia y de la paz en el mundo. La gratuidad apunta para la posibilidad de un mundo para todos. El Espíritu que es don, gracia y gratuidad, el Espíritu que dá vida, vive en el Verbo Encarnado, en la Palabra cumplida. Él que es la vida del Verbo, vive también con nosotros en la Palabra de Dios que vive cumplida en la fidelidad a la misión.

Partir con Abraham

En la Misa de Clausura de la XXXI Asamblea Ordinaria del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), el día 13 de Julio de 2007, en Cuba, el Arzobispo y Cardenal Jaime Ortega Alamino, invitó a los participantes de partir como Abraham, dejando seguridades para servir a los pueblos y proponiéndoles la vida en plenitud en Cristo. "Hay que ponerse en marcha como Jacob, desinstalándonos, para darles a los pueblos de América Latina y el Caribe lo que les falta: esa vida abundante que Cristo Resucitado alcanzó para nosotros con su muerte de Cruz. (...) Sentamos las bases para una humanidad mejor y más feliz en nuestras tierras latinoamericanas y caribeñas. Nuestra misión no consiste en imponer, sino en proponer, no es la de arrastrar seguidores, sino la de invitar a los hombres y mujeres de nuestros pueblos a ser discípulos de Jesucristo,"¹⁵ discípulos misioneros que pueden suspender la marcha para el abismo, abandonar la prisión de las necesidades y de la violencia, soñar el placer de la libertad y de la responsabilidad recíprocas. La lucha, o mejor, la misión continua y nuestra resistencia y nuestra entrega no fueron y ni serán en vano.

(versión preliminar, trad. Sara Sanchez)

¹⁵ www.celam.info